

Las dos Marías

María Inés Falconi

Ilustraciones de Liliana Menéndez

loqueleo

*A la abuela Angelita,
a la abuela Magdalena,
a la “Abuela de abajo”,
a Mamama.*

*A los pastelitos de dulce de membrillo,
los vestidos de muñecas, los pullovers, las colchas
y las agarraderas tejidas al crochet...*

A los infinitos dichos y anécdotas...

Al tiempo sin apuros...

¡A tantas cosas, que tanto se extrañan...!

—¿A qué se debe tanta formalidad...? —preguntó María al ver una gran fuente con pollo sobre la mesa, y a su mamá y a su papá, sentados como si esperaran visitas. Nadie le contestó. Rocío había captado toda la atención familiar protestando por el tomate y, como siempre, atrás de la protesta venían las sanas explicaciones de por qué hay que comer verduras aunque no te guste.

“Rocío todavía no aprendió que es más fácil tragarse el tomate que convencer a mi papá”, pensó María e insistió con la pregunta:

—¿Por qué tanta formalidad...?

Pero el tomate parecía haberse transformado en el tema más importante de esa familia... o ella, en lo menos importante. No lo sabía.

Decidió cortar por lo sano.

—¡Oigan! ¡¿Alguien va a contestarme?! —gritó.

Lo logró. Su papá, su mamá y su hermana se volvieron hacia ella... furiosos.

—Te dije mil veces que no grites —dijo el papá.

—Es que si no grito, nadie me escucha —se defendió María.

—La forma de hacerse escuchar es no hablar sobre los demás —intervino la mamá.

—Eso estaría bien si alguna vez se callaran, aunque sea para respirar, pero...

—¡Terminala, María! —tronó el papá.

—¡Fernando! ¡¿Querés venir a la mesa?! —tronó también la mamá, pero hacia la puerta de la cocina. Su hermano tenía la encantadora costumbre de hacerse esperar y su papá, la más encantadora costumbre de enojarse por la espera. Pero esta vez, extrañamente, Fernando apareció al toque.

Claro que María no contaba con el tomate.

—Yo esto no lo quiero —concluyó Rocío, empujando con el tenedor el tomate fuera del plato.

—¡Rocío! ¡¿Cómo vas a tirar la comida afuera del plato?! —la retó la mamá, volviendo el tomate a su lugar de origen.

—¡Es que no me gusta...! —empezó a puchear Rocío.

—¡Te comés todo ese tomate y se acabó! —el papá estaba perdiendo la paciencia.

Rocío remató con un llanto a los gritos. María miró la escena y suspiró.

—¿Por qué no dejan que se muera de hambre? —comentó sabiamente Fernando.

—Haceme el favor, no eches más leña al fuego, que el asunto no es con vos —le dijo su papá.

—Pero lo va a ser en cualquier momento —contestó Fernando, sabiendo que él era el centro preferido de los líos familiares...

María cerró los ojos. Se venía el desastre. Pero no. No hubo respuesta. Raro. ¿De qué se trataba todo esto...? ¿Se estaría perdiendo algo...?

La mamá miró al papá desalentada. Eso no era lo que había planeado para esa noche. Pero él no fue comprensivo.

—¡Sentate de una vez! —le gritó.

—Ahora no te la agarres conmigo, ¿querés?

—Yo no me la agarro con nadie, pero esta chica tiene que aprender a comer de todo.

—No me lo digas a mí... —ironizó la mamá.

María tamborileaba los dedos sobre la mesa.

—¡Y vos no hagas ruido!

“Tampoco te la agarres conmigo”, pensó María, pero ella no dijo nada y obedeció.

Se produjo un silencio pesado. Rocío estaba dejando de llorar y, resentida, miraba de reojo al tomate y a su papá alternativamente.

—¿Ustedes están un poco nerviosos, o a mí me parece...? —preguntó María.

La fulminaron con la mirada.

—No dije nada —aclaró y se zambulló en el plato.

A partir de ese momento, ya nadie habló. El silencio solo fue interrumpido por algún “comete eso”, seguido de un “puaj” de Rocío.

A la hora del postre, la mamá abrió el freezer, y sacó helados para todos. Raro... cada vez más raro.

—¡Yo quiero! —gritó Rocío.

—Es de tomate —le aclaró María y, ante la desilusión, Rocío casi se larga a llorar otra vez.

—¿Me hacés el favor de dejarla tranquila? —le pidió la mamá.

Rocío le echó a María una mirada desafiante y atacó el helado.

—Volviendo al tema inicial... —dijo María mirándolos—. ¿Me quieren decir qué pasa?

—¿Qué pasa con qué? —preguntó el papá.

—Qué pasa con algo. En esta casa nunca hay helado de postre, si no es por algún acontecimiento. Y que yo me acuerde, hoy no es ningún día especial, así que debe estar pasando algo que yo no sé.

El papá y la mamá se miraron. Parecían pedir y darse permiso para hablar al mismo tiempo. Arrancó la mamá.

—En realidad, papá y yo queríamos hablar con ustedes...

María tembló. Tanta introducción... Seguro que era más grave de lo que pensaba.

—Tenemos algo que decirles... —acotó el papá.

—¡Listo! —se apuró María—. Vamos a tener un hermanito.

—¿De dónde sacaste eso?! —dijo el papá.

—Es la forma típica de anunciarlo... —contestó María muy suelta.

—¿Qué forma típica...? ¿Hay una forma típica...? —el papá estaba totalmente superado por las circunstancias.

—Sí. Esa —dijo Fernando—: “Mamá y yo tenemos algo que decirles”.

—¡Yo no quiero ningún hermanito! —gritó Rocío.

—¡Ay...! ella quiere seguir siendo la chiquita... —se burló Fernando.

—No me gustan los bebés... Se hacen pis... —dijo Rocío.

—Vos también...

—¡Yo no me hago pis, nene! —protestó.

—¡Suficiente! —los frenó el papá—. No van a tener ningún hermanito.

Rocío le sacó la lengua a Fernando.

—Aunque en realidad sí... se va a agrandar la familia —completó la mamá, cuidadosa.

María y Fernando se miraron.

—No entiendo —dijo María—. ¿Cómo se va a agrandar la familia...? ¿Nos van a clonar?

—No son suicidas, nena —le contestó Fernando.

—¿Podemos hablar en serio? —pidió el papá.

—Si ustedes dan tantas vueltas... —dijo Fernando—. ¿Por qué no nos dicen de una vez lo que tienen que decirnos?

—Porque ustedes, como de costumbre, no escuchan nada.

—Yo sí que escucho —se metió Rocío.

—Y después repetís todo como un loro —le dijo María.

—¡Yo no soy ningún loro!

—¡Basta! —se hartó la mamá—. La abuela va a venir a vivir con nosotros.

Se produjo un repentino silencio. María y Fernando se miraron.

—¿La abuela?! —dijeron los dos al mismo tiempo. ¿Qué quería decir todo esto?

Rocío los miró por arriba del helado.

—Sí, la abuela, nene, ¿sos sordo? —dijo con la boca desbordada de chocolate, pero nadie la tuvo en cuenta.

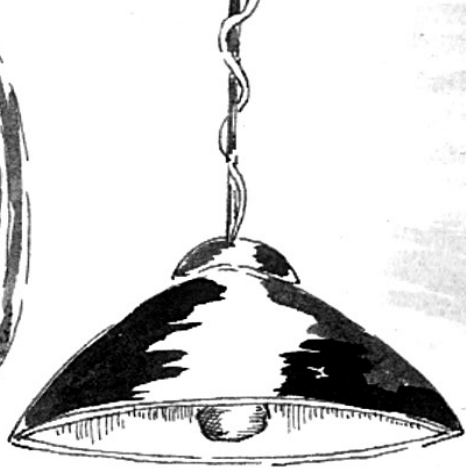
—Pará un poquito... —María trató de digerir la idea—. ¿Cómo que la abuela va a venir acá...? ¿Por unos días...?

—No. Para siempre —dijo la mamá.

—Hasta que se muera —aclaró Rocío.

—Rocío, no digas eso —la retó la mamá.

—Me lo dijo la abuela. Que ella es viejita y que se va a morir.



—La abuela no es tan viejita y va a vivir muchos años —le aclaró el papá.

—En casa —acotó Fernando.

—Sí, en casa. La abuela ya no puede vivir sola en ese caserón, así que pensamos que lo mejor era venderlo y que viniera a vivir con nosotros.

—¿Y por qué no se compra un departamento más chico para ella...?

—La verdad es que a la abuela no le gusta mucho vivir sola...

—Tiene miedo —aclaró Rocío.

La mamá sonrió.

—No. No es eso... pero extraña un poco.

—¿Ella te lo dijo? —preguntó Fernando.

—No, no... —dijo la mamá—. Es más, ella no quería venir acá. Pero no anda muy bien de las piernas y es mejor que esté acompañada.

—¿No viste que usa bastón? —se hizo la sabihonda Rocío.

—Con tu mamá pensamos que era lo mejor —explicó el papá—, aunque tengamos que apretarnos un poquito.

—¿Qué quiere decir “apretarnos un poquito”? —María se la vio venir.

—Y... es una persona más en la casa... vamos a tener que acostumbrarnos.